

De la doctrina a la opinión pública: la literatura de folletín en la prensa católica colombiana (1850-1880)¹

RESUMEN

El papel de los escritores y pensadores católicos durante la segunda mitad del siglo XIX colombiano resulta ser un apartado importante en el desarrollo intelectual del país; por un lado, deben defender el ideario cristiano de las medidas estatales de la época y, por otro, legitimar la presencia de la Iglesia dentro de una sociedad que se volcaba a la idea de progreso y de una educación laica. Las publicaciones periódicas católicas se convirtieron en la tribuna perfecta para hacer visible este proceso y se propusieron la labor de formar individuos que garantizaran la legitimidad y permanencia del poder eclesiástico en la sociedad y el Estado. En consecuencia, generan un aparato retórico permanente a través de los textos que conforman dichas publicaciones; los ámbitos del instructor y del instruido, la constitución de una épica de la iglesia que la relacionara con el devenir del mundo civilizado y, finalmente, el giro hacia las prácticas domésticas y familiares orientadas por la doctrina católica. Esta propuesta pretende analizar el dispositivo discursivo y filosófico generado por los editores y colaboradores permanentes de estas publicaciones, su influencia y pervivencia dentro de las prácticas pedagógicas e intelectuales posteriores.

Palabras clave: publicaciones periódicas, literatura colombiana del siglo XIX, literatura y religión, doctrina, instruido, instructor, caridad.

¹ Este artículo se deriva de la investigación “Formas históricas del intelectual colombiano. Una reconstrucción a partir de la prensa literaria (1850-1900)” ejecutado con recursos de la Convocatoria de proyectos de investigación de Ciencias Sociales, Humanidades y Artes 2012 financiada por el Comité para el Desarrollo de la Investigación (CODI) de la Universidad de Antioquia; se inscribe en el marco de la Estrategia de sostenibilidad para grupos de investigación CODI 2013-2014.

² Doctora en literatura de la Universidad de Antioquia, profesora titular del Departamento de Humanidades y de la Maestría en Semiótica de la Universidad Jorge Tadeo Lozano.

From doctrine to public opinion: the literature of saga in the Colombian Catholic press (1850-1880)

ABSTRACT

The role of Catholic writers and thinkers during the second half of the nineteenth-century in Colombia proves to be an important part in the intellectual development of the country; on the one hand, they were to defend the Christian ideology from state measures of the time and, on the other, to legitimize the Church's presence within a society advancing towards the idea of progress and a secular education. Catholic periodical publications became the ideal stage to disclose this process, prompted to discipline individuals that would warrant the legitimacy and permanence of the ecclesiastic power within society and the state. Consequently a permanent rhetorical apparatus developed through the texts that constitute the above-mentioned publications; the scope of the instructor and the instructed, the establishment of a church's epic that could relate it to the unfolding civilized world and, finally, the turn towards domestic and family practices guided by the catholic doctrine. This proposal aims to analyze the discursive and philosophical device brought forth by publishers and permanent collaborators of these publications, its influence and endurance within pedagogic practices and later intellectuals.

Key words: Periodic publication, 19th century Colombian literature, Literature and Religion, Catholic doctrine, Instructed, Instructor, Charity.

SUMARIO: 1. Introducción. 2. El orden discursivo de la literatura de folletín: el instructor y el instruido. 3. Del ideal letrado católico al panfletista comprometido. 4. De la razón pública a las prácticas privadas: religión y conocimiento. 5. La promesa del porvenir versus la noción de futuro. 6. El giro doméstico de los dogmas. 7. El discurso de la caridad y del progreso moral: continuidad del legado.

Introducción

Las publicaciones periódicas que eligen como estandarte la defensa de la religión frente a cualquier afrenta estatal o social son numerosas en nuestro país y presentan una constante que se convierte en el punto de interés de este trabajo: la literatura de folletín –que conservó un lugar principal en estas publicaciones– y que servía como principio de adoctrinamiento y defensa de la fe. En el presente trabajo nos centraremos en tres periódicos que se publican en un terreno minado para los seguidores de la Iglesia católica, apostólica y romana: *El centinela* (1856-1857), *La Matricaria: periódico de la juventud, colección de artículos de costumbres, revistas*

i literatura (1855-1856 y aparecen 5 números publicados de 1860 a 1862) y *La Caridad: Correo de las Aldeas. Libro de la familia cristiana* (1864-1888).³

En cada uno de los periódicos se publica una serie de novelas por entregas y de narraciones cortas que podríamos clasificar de dos maneras de acuerdo con su funcionalidad. Por un lado, se formula un corpus cuyo objetivo principal es aleccionar sobre la importancia de la religión en la vida de los hombres y de lo que puede sucederle a aquellos que no sigan los principios católicos. Por otro, aparece un fenómeno muy interesante: se propone una suerte de épica del catolicismo por medio de historias hagiográficas noveladas o de recuentos históricos sobre la relación entre catolicismo y civilización. En este sentido, podríamos evidenciar un sistema expresivo que se complementa: se adoctrina, pero también se lleva a cabo un proceso de legitimización del catolicismo como testigo y complemento del mundo civilizado. Esta relación solo puede cifrarse a partir de la educación que supera el ámbito institucional y que encuentra en la vida privada y familiar un escenario idóneo de formación. Era necesario formular un sistema estructural narrativo que dejara claras las prácticas guiadas por el pensamiento católico y asegurara la pervivencia de los ideales religiosos que debían recuperar el territorio perdido.⁴ En el caso del presente artículo nos centraremos en evidenciar la estructura discursiva propuesta en la literatura publicada en la prensa católica; en este sentido, consideramos que existen una serie de líneas permanentes que estructuran el dispositivo narrativo y que podemos resumir en las relaciones entre religión y conocimiento, espacio privado y espacio público, instructor-instruido y la oposición entre futuro y porvenir.

Una de las estrategias más claras en aras de esta defensa es la exposición de una literatura al servicio del ideario religioso; es así como la escritura se centra en la

³ Cuando aludimos a un terreno minado para estas publicaciones, nos referimos a la hegemonía liberal que ocupó el poder desde 1845 con el gobierno de José Hilario López, hasta 1880 cuando Rafael Núñez sube a la presidencia y da inicio a lo que se conoce como Regeneración. Durante el gobierno de López se suprimieron los diezmos, el fuero eclesiástico y, además, los jesuitas fueron expulsados. También se redactó la Constitución de 1853 en donde se declaraba la libertad de imprenta y de culto, lo que resultó en un golpe muy fuerte para las comunidades religiosas y sus seguidores. Este periodo conocido como el radicalismo, se caracterizó por la filiación liberal de los mandatarios, sin embargo, entre 1857 y 1861 gobernó Mariano Ospina Rodríguez de tradición conservadora y opositor de Simón Bolívar.

⁴ Al enunciar un sistema narrativo estructural común en las novelas y relatos publicados en estos periódicos concebimos un modelo diegético organizado temporalmente, con tramas específicas que reflejan intenciones ideológicas y que facilita la inclusión de una serie de discursos y géneros diversos. El modo cómo se acomodan los espacios y los tiempos, los personajes y las fábulas, obedece a un funcionamiento actancial (relaciones entre actores) común a todo el corpus y que es materia de análisis en el presente artículo.

fundación de una épica del catolicismo que lo relacione con el proceso de civilización. El primer apartado de este trabajo presenta uno de los propósitos más importantes conferidos a la literatura publicada en la prensa católica: convertir el sistema religioso en un ente histórico que se encuentra en relación permanente con la civilización del mundo. Uno de los compromisos de estos escritores católicos es la formación de individuos, la educación del espíritu y la garantía de legitimidad y permanencia de la Iglesia como *Magistra vitae*. Por esta razón, la relación entre religión y conocimiento se convierte en otra tarea conferida a la literatura; no se trata de formar mentes en la ciencia que puedan cuestionar la existencia de Dios, se trata de evidenciar que el conocimiento verdadero es el de la fe. En la segunda parte del artículo analizamos el tono veritativo y didáctico que adquieren las narraciones literarias dentro del cuerpo de los periódicos mencionados.

Precisamente, la función adoctrinante de la literatura se relaciona con la lucha que emprenden los católicos en contra de las corrientes liberales, utilitaristas y sensualistas que prometen un progreso material. Muchas de las narraciones a las que hacemos referencia, reflejan que estas promesas lo único que hacen es alejar a los hombres de la fe y la moral. Si bien las promesas liberales ofrecen beneficios humanos que se proyectan en la idea de futuro, la religión garantiza un progreso moral que asegura el porvenir como un tiempo eterno y transhumano.⁵

A lo largo del trabajo se hace evidente que una de las pugnas más importantes entre el pensamiento católico y la tendencia liberal, la representa la idea de porvenir (promesa de la eternidad) versus futuro. Este enfrentamiento deviene en una práctica recurrente dentro del corpus de publicaciones: el cambio de los espacios; por un lado, aquellos escenarios públicos de la plaza o las instituciones políticas se presentan como insuficientes para la cumplir la labor de adoctrinamiento. Por otro, mostrar a una Iglesia que entra en la intimidad de los hogares para guiar y acompañar las prácticas cotidianas de la familia como la lectura o la higiene, garantizando la preservación de su legado a través de la idea de tradición y herencia. En este sentido, el giro doméstico que adquiere el espacio público para los católicos, es tal vez el punto neurálgico que traspasa las fronteras temporales y se asienta en el discurso educativo y moral en gran parte del siglo XX colombiano.

⁵ La rivalidad entre la fe y el progreso liberal lo encarna el Utilitarismo de Jeremías Bentham que se convirtió en uno de los puntos de discusión más críticos entre los intelectuales de la época, y se presentaba como un fantasma que amenazaba la moral. Si alguien quiere ser feliz por sí solo, dónde quedará Dios y, lo más importante, cuál será el lugar que los sacerdotes ocuparán en la formación de un país. La adopción de Bentham y Tracy entre 1825 y 1826, sufrió varias modificaciones y censuras que dependían del gobierno reinante. Por ejemplo, Santander los adopta en el 25 y Bolívar los suprime en 1828; luego de ser restablecidos por Santander en 1833, son reemplazados, durante el gobierno de Mariano Ospina (1844), por las obras de Jovellanos y Jaime Balmes. Finalmente, son restablecidos en 1870 por el congreso nacional.

El orden discursivo de la literatura de folletín: el instructor y el instruido

Sin lugar a dudas, la literatura que aparece en estos periódicos tiene una constante estructural y discursiva que busca legitimar el legado católico, por eso resulta necesario visibilizar a aquellos individuos considerados adoctrinables, en este caso, las mujeres y los niños.⁶ *La Caridad* en su prospecto publicado en el número 1 (24 de septiembre) expresa que: “Escribiremos para las clases menesterosas de la sociedad, privadas de instrucción i sin libros que leer” (Ortiz, 1864: 1). *El Centinela*, por su parte, se centra claramente en un público específico conformado por los sacerdotes y escritores católicos cuya misión es la de proteger el legado cristiano, así lo explica su prospecto publicado el 25 de octubre: “Este periódico está dirigido a los eclesiásticos y escritores católicos cuya misión es enseñar a los ignorantes de esta suerte cumplirán con las obligaciones que incumbe a los espertos i vijilanles CENTINELAS, puestos por Dios para velar sobre la casa de Israel.” (La redacción, 1856: 1)

El caso de *La Matricaria* es similar al de *La Caridad*, se dirige también al ámbito del instruido, pues desde su nacimiento en 1855 (Popayán), centra su misión en la defensa del catolicismo y enuncia como sus lectores cautivos a los jóvenes letrados cristianos y piadosos. Vale la pena aclarar que si bien los jóvenes ya gozaban de un reconocimiento social, eran todavía seres en formación y necesitados de una guía más especializada que garantizara una adultez moral y piadosa. El 25 de marzo su prospecto reconoce el deber de la publicación: “(...) debemos ser parte de la voz de aquellos jóvenes que marchan hacia la civilización y la educación. El progreso comienza por el espíritu y la obediencia, estas páginas son huellas del camino que un joven de bien y educado debe seguir”. (Madiedo, 1855: 1)

De hecho su fundador y director Manuel María Madiedo anunciaría que su periódico se cifra sobre el progreso, y que nada tiene que ver la idea de una Iglesia retrograda. Por el contrario, para Madiedo la moral es marca de prosperidad. El reclamo de aquello que considera un prejuicio lo dirige directamente a los liberales:

⁶ Las narraciones que vamos a analizar en el presente artículo y que se publicaron en los periódicos mencionados anteriormente son: “El infierno” escrita por la redacción del periódico y. “El Misionero Neo” del sacerdote Nepomuceno Jiménez Acevedo (publicadas en *El Centinela*, 1856), “Napoleón no ha existido” (1855) y “El amor en el siglo XIX. Los amantes pintados por sí mismos” (1865), ambas firmadas por Marco, seudónimo corresponde a Manuel María Madiedo y de Ruperto Segundo Sánchez, “El sacrificio de las vírgenes” (1870) (*La Matricaria*), del español Fernán Caballero, “Leyenda piadosa” y “El vendedor de tagarninas” (*La Caridad. Lecturas para el hogar*, 1865), en el mismo periódico una narración corta de José Joaquín Ortiz “el padre Fernández” (1870). Resulta importante hacer notar que todas las narraciones, con excepción de las escritas por Fernán González, todas son obra de plumas nacionales. Incluimos las de González porque su escritura es imitada y admirada por los escritores católicos de lo que hoy es Colombia.

(...) “no hai uno solo entre vosotros que levante su voz i os recuerde esa inmensa evolución del cristianismo a través de los siglos, para salvaros de un error tan absurdo como grosero, tan grosero como funesto”. (Madiedo, 1855:2)

A pesar de las diferencias entre los públicos lectores, las publicaciones periódicas comparten el propósito de crear y legitimar un grupo especializado, una clase que administre el capital simbólico a través de la organización del universo de signos y de la protección del poder divino y eclesiástico, abarcando todas las posibilidades de práctica y circulación del conocimiento: el ámbito del instructor (*El Centinela*), del instruido (*La Caridad*) y un estado intermedio en donde se ubican los jóvenes como escenario de transición entre la formación inicial y la madurez (*La Matricaria*).

Al parecer, la educación cívica, religiosa y lingüística es una de las rutas más seguras para plantear la relación entre catolicismo, progreso y bien común. Es así como este cuerpo narrativo se enfoca en luchar contra el enemigo liberal, debatiendo su idea de progreso material y demostrando que sus oponentes siempre han estado más cerca de la barbarie. No en vano, los tres periódicos mencionados publican relatos históricos o novelas por entregas en donde se cuenta la historia oscura de las sociedades secretas con las que siempre relacionaron a los liberales. *El Centinela*, por ejemplo, iniciará en el número 1 del 25 de octubre de 1856 una serie de álgidas cartas dirigidas a Manuel Ancízar, reconocido liberal, masón y editor del periódico *El Neogranadino*. En estas comunicaciones se le acusa de ser un persecutor de la fe, un inmoral y un cuestionador permanente de los dogmas de fe a través de su periódico: “(...) la religión es dogmática i moral, no es *enteramente social*, sus escritos están al alcance de todos son más claros que el astro del día. ¿La cuestión no es dogmática? ¿No es dogma la existencia del diablo, de purgatorio, del cielo y el infierno?” (La redacción: 1856: 2)

La redacción de *El Centinela* hace referencia a las posturas que expuso abiertamente Ancízar frente a la actitud obsoleta del clero en un territorio que estaba apostando por cambios profundos y por un progreso mental de libertad. Desde su perspectiva, esta iglesia retardataria no estaría en consonancia con la dinámica nacional: “Que él [el clero] se amolde por su organización y por su vivir a la conformación política del país, que se haga civilizador y progresista”. (Ancízar, 1849: 5) La crítica de Ancízar al clero y la respuesta de *El Centinela*, decanta en una narración novelada llamada “El infierno” que se publica desde el número 3 (8 de noviembre de 1856) al ejemplar número 7 (6 de diciembre del mismo año). La historia intenta demostrar que la religión es y seguirá siendo defensora del dogma divino y que reconoce los límites del conocimiento humano. Paradójicamente, el personaje de las historias sobre el infierno es un incrédulo con “aires de escritor” que se parece mucho a Ancízar. El incrédulo, perdido en sus preguntas, es guiado por un joven sacerdote quien le resuelve sus dilemas y lo guía hacia la divinidad, ya que los pastores católicos son “la luz del mundo que con los luminosos rayos de su ciencia, disipan las sombras del error, i hacen conocer a los pueblos, con toda

claridad, las brillantes verdades de la religión de sus progenitores”.⁷(El infierno, 1856: 2)

Lo más interesante de “El infierno”, es que todo lo que el joven sacerdote le dice al incrédulo es comprobado en los catecismos o en la biblia. Una de las preguntas que hace el incrédulo al sacerdote es por la veracidad del infierno, en dónde se encuentra consignado, cuál es la naturaleza del texto que lo define; el clérigo le responde que es la Biblia en donde se halla la respuesta, y en el número 3 publicado el 8 de noviembre determina la incuestionable veracidad del libro: “Además este código tiene dogmas, pero también respuestas para los hombres ordinarios, los enseña a vivir mejor y a ser morales en cada acto por mínimo y mundano que sea”. (El infierno, 1856: 1)

De un modo u otro, las publicaciones periódicas se convierten en el escenario donde la religión deja de ser un elemento meramente metafísico o normativo acercándose a los hombres y posibilitando el conocimiento «verdadero» del mundo. Evidentemente los periódicos deben contar con una serie de armazones discursivos que afirmen la legitimidad de la religión como fuente de luz y conocimiento.⁸ Por ejemplo otro elemento común en estas publicaciones en la presentación de la vida de santos y mártires de la Iglesia siendo niños o teniendo una vida cotidiana que reafirmaba la presencia del catolicismo en la historia de la humanidad, su participación vital en la formulación de la conducta de los santos como agentes narrativos y como personajes que crean una línea genealógica constante, ratifica la naturaleza atávica del conocimiento.

Para comenzar a analizar las estrategias discursivas de los escritores católicos, resulta necesario tener en cuenta que su misión principal es generar un legado que propenda al progreso moral derrotando las promesas liberales y que perdure en las conciencias de los instruidos. El conocimiento ofrecido no es el de la ciencia, es el de la eternidad, el del porvenir enfrentado al futuro mundano; por esta razón, este llamado progreso moral corresponde al ideal letrado católico y a la presencia de la Iglesia y sus pastores dentro del terreno íntimo de las familias.

⁷ Esta narración por entregas se publica desde el número 1 (25 de octubre de 1856) al número 5 (22 de noviembre de 1856).

⁸ De acuerdo con Pierre Bourdieu (2009), la relación entre religión y conocimiento va reemplazando las preguntas metafísicas sobre la existencia de la divinidad por cuestionamientos más propios del conocimiento humano y de la dinámica social de un enfrentamiento ideológico y político. Una muestra de la vinculación entre religión y conocimiento, se presenta en la idea que tienen estas publicaciones periódicas de construir una historia del catolicismo casada con el compás de la civilización en el mundo a través de un discurso veritativo en donde todo lo que se diga sea explicado a través del corpus cristiano.

Del ideal letrado católico al panfletista comprometido

El proyecto del catolicismo en relación con el devenir del país se concentra en formular un orden integral en donde confluya la educación y todos los procesos sociales; sin embargo, las medidas tomadas por el gobierno radical debilitaron al poder clerical quitándole terreno a la Iglesia dentro de la sociedad, la estrategia fue muy clara: subrayar su carácter retardatario y enfrentarlo a la promesa de desarrollo social y económico.⁹ Fue así como los órganos de difusión católicos tuvieron que tomar medidas para no quedarse fuera de la esfera pública; por un lado, se dedicaron a demandar los atropellos del Estado sobre la Iglesia; por otro, evidenciaban la importancia de los sacerdotes y fieles católicos en la construcción de una educación integral (práctica y moral). Las publicaciones periódicas comenzaron a asumir la explicación de signos doctrinales que resultaban oscuros para el lego y cuya ilustración podría acercar más a los fieles hacia los caminos piadosos y alejarlos del “espejismo” liberal. El plan de acercar la religión a la vida práctica y cotidiana de los católicos se traduce ampliamente en el prospecto publicado en el número 1 de *La Caridad*: “Escribimos para las clases menesterosas de la sociedad, privadas de instrucción i sin libros; para los jóvenes de ambos sexos, los cuales, a pesar de los adelantos en las ciencias, no oirán con disgusto nuestra voz, que es la de su antiguo y sincero amigo”. (Ortiz, 1864: 2)

El compromiso que asume *La Caridad* de ser un amigo y compañero en la formación moral de niños y jóvenes, se ajusta perfectamente al binomio de Didactismo medieval: *docere-delectare* (instruir y deleitar). Por esta razón, la literatura entrará a formar parte directa de la intención de aleccionar pero a través de un lenguaje asequible para todos. El *Centinela* cuenta con una sección permanente que tiene el mismo nombre de la publicación y que se dedica a las labores educativas de los sacerdotes. Incluso en el número 3 publicado el 8 de noviembre de 1856, se hace referencia al *Catecismo Astete* que se reedita como un texto explicado para todos los católicos en 1845 y cuya promoción en el periódico es un servicio a la instrucción pública. Estos procesos de traducción y acercamiento de los dogmas religiosos al pueblo, forman parte de la labor que el sistema católico tuvo que emprender para legitimarse. Siguiendo a Pierre Bourdieu (2009), la sistematización del conocimiento y la instrucción en el campo religioso tiene la misma estructura que la burocracia. Existe una gestión del capital religioso cuya estabilidad y sistematización beneficia la movilidad de los bienes simbólicos. Los catecismos, las

⁹ Varias fueron las medidas gubernamentales que se enfocaron en quitarle terreno a la Iglesia. Las más importantes: la expulsión de los jesuitas 1850, en este mismo año bajo la Ley del 15 de mayo se defiende la libertad de enseñanza. El 15 de junio de 1853 se suprime el patronato eclesiástico. En 1861 el presidente Tomás Cipriano de Mosquera decreta la desamortización de manos muertas; en este mismo año se falla el Decreto de Inspección o tuición de cultos; es decir, libertad de creencia.

publicaciones periódicas, los textos de difusión, garantizan que los principios católicos sigan formando parte de la educación de la sociedad, y que los sacerdotes se presenten como letrados capaces de adoctrinar y de salvar a los siervos del peligro liberal.

Esta sistematización reconoce, como ya lo hemos mencionado, la presencia de orientadores letrados, algunos de ellos clérigos que escriben novelas, relatos y poemas como es el caso de la narración publicada en *El Centinela* número 5 del 22 de noviembre de 1856 “El Misionero Neo”. Su autor es Nepomuceno Jiménez Acevedo, cura rector y vicario de capilla de Guaduas. Esta narración por entregas aparece hasta el número 7 que corresponde al 6 de diciembre del mismo año. Jiménez Acevedo enuncia la categoría de «escritor católico» en los textos que publica en *El Centinela*, *La Caridad o La Religión*, y cuya misión central será la de convertirse en la voz que denuncia los actos cometidos por el gobierno liberal contra la Iglesia, actos que son considerados bárbaros y opuestos al espíritu católico.

“El Misionero Neo” intenta restituir el concepto esencial de civilidad por medio de un escenario discursivo, su estructura narrativa fusiona el ideal letrado católico de la formación con el discurso del didactismo. El personaje, un sacerdote que orienta a un incrédulo, se propone abrir las puertas de la fe al pueblo sin orientación y que podría preservar el legado de la Iglesia. El relato de Jiménez Acevedo conserva el tono común de todas estas publicaciones: directo y reaccionario, similares a los panfletos políticos. Consideramos que los escritores católicos publicados en los primeros números de estos periódicos, tienen un vínculo objetivo con los panfletistas. Como lo explica Elias Palti, (2008) la función principal del panfletista es crear con el público lector una complicidad que le sirva en sus propósitos. Aunque la relación que hace Palti del panfletista como un “personaje polémico y siempre conflictivo, situado entre el pueblo y la élite” (228) con una cultura mediana y relacionado con los sectores populares, no pareciera relacionarse del todo con la naturaleza de estos escritores enfrentados al Estado, existen similitudes discursivas con el panfleto.

El panfleto se centra en un régimen veritativo y demostrativo que no solo informa, sino que va configurando un sistema axiológico ideal y regente. Así por ejemplo, *La Matricaria* publica en sus números 11, 12 y 13 del mes de agosto de 1855 una novela de folletín llamada “Napoleón no ha existido”, escrita el mismo Madieto bajo el seudónimo de Marco, la descripción de los personajes que aparecen en la narración se ubican geográfica e históricamente con filiación y nombres propios. Así lo relata en la primera entrega de la novela publicada en el número 11 del 5 de agosto: “Esos hombres son los de la Comuna de París, los invasores de Roma, los bárbaros que han tiranizado i devastado la Italia i la España, los que hicieron causa común con los enemigos de su patria en Francia”. (Marco, 1855: 4) La historia cuenta los orígenes mundanos de Napoleón y relaciona a sus seguidores en América como los principales enemigos de la iglesia y de la

moral cristiana. Más adelante, en la misma entrega, hace referencia a los principios del liberalismo francés como una muestra de barbarie: “Estos personajes que hoy conocéis a través mío quieren conciencia la destrucción de la familia para entronizar la corrupción; quieren que no haya esposas para que todas las mujeres sean comunes.”(5)

La aparición de nombres propios, el relato novelado de hechos históricos y la demostración constante de que lo dicho se encuentra consignado en la palabra sagrada, se vincula con la necesidad de veracidad propia del panfleto. De esta forma, presentar el progreso liberal como una promesa vana que no tiene piso alguno, lo relaciona con la barbarie y la ignorancia que se opone al catolicismo. La relación de la Iglesia con el mundo civilizado, emula la relación del ideario católico con la genealogía propia del hombre (la Iglesia los acompaña desde niños y a lo largo de su vida); muestra de ellos es “La hoja de los niños” que comienza a aparecer en el número 3 de *La Caridad* (7 de octubre de 1864). En la primera parte de sección aparecen pequeñas novelas por entregas que retratan la biografía de santos, mártires de la Iglesia y sacerdotes como es el caso de la biografía de Pio IX, papa en ese entonces (1846-1878) y quien es descrito como presa de persecuciones políticas por causa de la revolución de 1848; en el número 3 del 7 de octubre de 1864 el papa hace un llamado a las principales naciones católicas que acudieron a su ayuda, y de acuerdo con la historia contada para los niños, “(...) formaron un ejército en defensa de Cristo, pero no dispararon armas, solo fueron buenos y virtuosos, ese es una cualidad de los soldados de Dios” (41).

La misión del orientador, expresada por el panfleto, comienza desde un presente proyectado al futuro que representan los niños y las mujeres. Como lo ha explicado Claudia Gilman (2003) una de las características del panfleto es la de enunciar sus ideas como sentencias que precisan ser cumplidas por aquellos llamados a la gesta, dejando claro cuál será el público que recibirá los decretos expresados. En consecuencia, los prospectos de las tres publicaciones se dirigen directamente a los lectores de modo íntimo y cercano; *La Caridad* se referirá a los niños en la sección que les dedica como futuros soldados de la causa católica y a las mujeres como protectoras y formadoras de las familias. Lo propio hará *La Matricaria* al dedicarse a los jóvenes como el principio del futuro; *El Centinela*, por su parte, define a los sacerdotes como una luz permanente de conocimiento y guía para todas las almas

El panfleto católico elabora un dispositivo discursivo que a su vez crea un espacio público para sobrevivir, un escenario de discusión que pueda sustraerse del poder político regente y en donde pueda hacer uso de su armazón retórica. El dispositivo construido por las publicaciones periódicas católicas parece cubrir una gran gama de participación; por un lado, estará el espacio público presidido por la fe y la moral representado por los pastores de la Iglesia (*El Centinela*), la posibilidad de una permanencia en el mundo cambiante y moderno sostenido por

los jóvenes (*La Matricaria*) y la preservación de los valores católicos en los niños y las mujeres (*La Caridad*).

La selección de un público y de un tono cercano que corresponda con la misión conferida a ese público (mujeres, jóvenes y niños) trae consigo la necesidad de organizar y distribuir la información de acuerdo con los lectores y con las misiones que el mismo escritor les ha conferido. Para esto, resulta necesario que se convierta en un traductor y un mediador entre el sistema erudito católico y el lego, cumple con lo que Roger Chartier (2007) ha llamado la organización de la razón pública.¹⁰ Como lo veremos en el siguiente apartado, uno de los mecanismos para organizar esta razón pública es la de relacionarse íntimamente con los lectores y con sus prácticas privadas como la educación en el hogar o el comportamiento familiar, temas centrales en estas publicaciones.

De la razón pública a las prácticas privadas: religión y conocimiento

En el caso de las publicaciones mencionadas, la más interesada en generar un espacio de formación que relacione el espacio íntimo del hogar y la familia con el escenario público de la sociedad, la fe y la política es *La Caridad*. La razón es evidente: está dirigida a las mujeres y a los niños, por eso asume la labor de dirigir prácticas propias del hogar como es el caso de la higiene o la lectura. Así lo expresa en el número 3 publicado el 7 de octubre de 1864: “La práctica de las buenas lecturas, por la noche, en la familia, es tan fácil como útil y provechosa. Se consigue reemplazar con ellas los pensamientos vanos i las palabras inútiles, por mil pensamientos buenos” (34). En este mismo número se publica un manual dividido en cuatro valores centrales (caridad, religión, moralidad, civilización); estos aspectos, a su vez, se distribuyen en una serie de prácticas ideales como la lectura, la educación y la devoción; prácticas que conforman un modelo ideal de vida privada.

La Matricaria presenta también una estrategia para relacionar lo íntimo y lo privado. Como el público objetivo son jóvenes católicos y estudiantes, la publicación presenta también un manual referido a temas como el amor y la escritura. Ejemplo de ello es la historia escrita por su director José María Madiedo: “El amor en el siglo XIX. Los amantes pintados por sí mismos” que aparece en el número 11 del 27 de mayo de 1865. La narración tiene cuatro personajes: un solterón egoísta, un fashionable, un marisabidilla y un joven católico. Los cuatro

¹⁰ Para Roger Chartier (2007), la razón pública tiene que ver con el orden que puede conferírsele a la distribución de la información. Esa razón pública funge como mediadora entre los productores de información y los lectores que no tienen mucho conocimiento sobre aquello de lo que se les habla. La razón pública, además, tiene una característica importante y es que no depende del control estatal, sino que es configurada por sectores privados y letrados de la sociedad como es el caso de los escritores católicos (102).

exponen e intercambian sus ideas e historias sobre el amor; para el solterón es cuento olvidado, para el fashionable una moda pasajera que puede cambiarse como un par de guantes, para el marisabidilla un conocimiento erudito y razonado; es el joven católico el que define el ideal del amor como “una entrega noble y pura, el reflejo del amor cristiano” (Madiedo, 1865:4). Más adelante, cada uno de los personajes estará de acuerdo con el joven católico y con las instrucciones que da a sus amigos: amar a una mujer virtuosa con la misma pureza con la que se ama a Dios.

En el caso de *El Centinela*, la estrategia tiene un vínculo más directo con la relación entre religión y conocimiento; si bien el ámbito del instruido apoyado en *La Matricaria* y *La Caridad* tiene que ver con orientaciones precisas para prácticas cotidianas y mundanas como la vida familiar o el amor de pareja, *El Centinela* no ofrece estas instrucciones, sino que marca un camino seguro para los sacerdotes. En el número 5 publicado el 22 de noviembre de 1856, se exponen, a manera de narración, una serie de premisas que se encuentran consignadas en el Syllabus propuesto por Pío IX en 1849 en el concilio de Espoleto. Dicha lista es presentada por Nepomuceno Jiménez Acevedo a través de un discurso didáctico y organizado para los sacerdotes. De esta manera, los errores principales de las tendencias filosóficas que se oponen al catolicismo (el Panteísmo, el Naturalismo y el Racionalismo absoluto), son expuestos en relación con el oficio de ser pastor de la Iglesia y no como premisas sueltas y abstractas, tal y como se muestran en el Syllabus. El objetivo no es otro que acercar los dogmas cristianos o el acervo exclusivo de la Iglesia a aquellos lectores que pretenden defender los ideales religiosos. *El Centinela* parte de la relación entre religión y conocimiento y la convierte en un mecanismo de legitimación no solo de la fe por sí misma, sino de la intervención de los clérigos en la educación de los ciudadanos y en la apertura a una idea de progreso que ofrecía una prosperidad ilustrada y civilizada.

Otro ejemplo del binomio entre conocimiento e Iglesia, es el “Misionero Neo” de Jiménez Acevedo y al cual ya hemos hecho referencia. Este personaje que aparece en las páginas de *El Centinela* asume la vocería de la Iglesia y cuenta la vida de los santos como historias que pretenden ser accesibles para iniciados y neófitos. Cada una de las unidades tienen un personaje mártir con una condición adicional: es un hombre letrado, instruido en literatura, filosofía y teología y capaz de cuestionar los designios de aquellos que se oponen al cristianismo. Al final, como una suerte de epílogo, el misionero Neo comparará la situación vivida por el santo con las circunstancias de la expulsión de los jesuitas, de las monjas clarisas o por él mismo como pastor, ya no solo de la Iglesia sino del “conocimiento que aquieta conciencia y civiliza a ignorantes”. (Jiménez 5, 1856: 19)

Dicha misión debería proyectarse más allá del tiempo y tendría que permanecer en la historia de la nación; la religión deberá ser defendida no solo desde la idea de moral y doctrina, sino desde una *phrónesis* didáctica que formara ciudadanos al servicio del ideal cristiano, pero que además representaran la *ilusio* de un progreso

que está más allá del tiempo humano y que se vincula con la noción de porvenir como un “progreso real que dibuja la letra eterna, que forma espíritus; que tiene el porvenir en su pluma” (20).

La promesa del porvenir versus la noción de futuro

La idea de la prensa católica como baluarte en la formación de una sociedad casada con el principio de moral y fe, también evidencia que debe garantizar su permanencia en la esfera social. El primer paso lo da, como lo hemos mencionado, a través de la vinculación del ámbito privado (educación familiar) con el público; es decir, la vida privada y sus prácticas son asunto de la Iglesia como madre devota y amiga incondicional. El ideal letrado católico se fundamenta sobre la idea de un escritor cuyo discurso sea comprometido, claro y directo, con tono veritativo; un panfletista que pueda orientar de modo prístino a los lectores seleccionados.

Si bien la relación entre religión y conocimiento está más cercana a la puesta en marcha de esos valores en la vida cotidiana, la fe sigue siendo el único vehículo para conocer aquello que un alma piadosa debe conocer; es decir, la fe traducida en la obediencia de conducta y de corazón sumada a la devoción en lo privado y en lo público. Es a través del gobierno de la fe como las prácticas privadas y familiares orientadas por los sacerdotes y escritores católicos se convierten en acciones que configuran el destino de la salvación eterna y la noción de un porvenir colectivo que no puede ser modificado pero sí alcanzado. Siguiendo a Gustavo Bueno (2004), la idea de porvenir se relaciona con una suerte de futuro en el presente que define la conducta de los individuos, pero la presencia del porvenir en la vida de los católicos no acaba en la acciones, también se convierte en la base para diferenciar a los sujetos y crear una jerarquía que no pueda modificarse (instruidos y instructores) en donde la Iglesia siguiera gobernando (105).

De hecho, el porvenir de un buen católico solo puede construirse a través de la instrucción sacerdotal, por eso muchas de las narraciones tienen un personaje que encarna un joven católico como el “Misionero Neo” o “El Infierno” que se acerca de forma fraternal a sus instruidos, que se convierte en una suerte de padre y compañero incondicional un “ciudadano de la eternidad y ciudadano de la tierra, eres Hombre de Dios y Hombre del pueblo (...) Tu pueblo, tus desgraciados, tus hambrientos, he ahí a tu familia.” (Rohrbacher, 1864: 79). El instructor debe conocer a su discípulo y tratar de dirigirse a él con un discurso que pueda ser comprendido; las narraciones por entregas cumplen con esa función.

La iglesia ofrece a los católicos la posibilidad de un porvenir seguro en un país, que de acuerdo con el Misionero Neo no ofrecía un “(...) estandarte seguro para la fe, un proyecto moral para las alma piadosas” (Jiménez 1856: 21), sino un “río mezclado, lleno de pirañas que devoran la felicidad y la presencia de Dios en la vida de los hombres, un río que intenta vender felicidad y un futuro que solo puede depender de los hombres” (21). Es evidente que en los tres periódicos existe una estructura narrativa y actancial común y permanentemente definida por personajes

que aparecen en la mayoría de las fábulas; por un lado están los sacerdotes jóvenes que siempre se muestran como seres amables, paternales y sabios, dispuestos a orientar al rebaño (espíritus caritativos); por otro, las mujeres piadosas que calman el alma inquieta de algunos maridos desobedientes, como es el caso de la esposa de la historia escrita por Fernán Caballero y publicada en el número 7 de *La Caridad* (4 de noviembre de 1864). “La leyenda piadosa” cuenta la vida de un hombre avaro y sin corazón, cuya devota compañera salva del infierno con sus rezos y su devoción: “(...) piadosa y bella criatura que pasaba los días i las noches llorando las maldades de su marido, i pidiendo a Dios se las perdonara”. (106)

Los otros personajes constantes son los niños que se presentan como almas puras, desprovistos de pecado y de razón y que se muestran como libros en blanco, rebaños dispuestos a ser educados. Tanto las mujeres y los niños atienden a la agenda del subalterno, deben permanecer pasivos, ser obedientes y piadosos, pues “las mujeres son el germen vivo de la fe, las que mantienen el orden moral, y los niños son los futuros soldados de Dios, aquellos que mantendrán el camino del porvenir divino” (Caballero, 1864: 108). Esta estructura estable y común obedece totalmente al proyecto de formación de sujetos, plan esencial del catolicismo integrista que hace su arribo a finales del siglo XIX y que cobija una gran parte del siglo XX.¹¹ Frente a la amenaza de perder el monopolio de la educación, resultado de las diferentes reformas que comenzaron a llevarse a cabo desde 1850 y cuyo objetivo principal era proponer una educación pública, laica y gratuita; la Iglesia redobló fuerzas y acudió a la ayuda de los escritores católicos y editores de periódicos que fungieron como fundadores de pequeños colegios religiosos¹². Todos

¹¹ La idea de un catolicismo integrista comienza a gestarse como principio de fortalecimiento de la doctrina durante el papado de Pio IX (1846-1878). El punto principal es la unión permanente entre Iglesia y Estado; la religión debe ser garante moral de las leyes civiles. Además, la teoría exclusivista que solo concibe la salvación a través de la religión católica y niega el ecumenismo, pone a los sacerdotes como únicos pastores verdaderos en la formación de sujetos y en la vida familiar de los feligreses. Uno de los principios más visibles de esta doctrina es la defensa de la familia como célula de la sociedad y como escenario de permanencia privilegiada para los valores morales; es necesario que la referencia a los dogmas de fe sea permanente y que estos puedan ser traducidos a las prácticas cotidianas. Por esta razón, se generan nuevos catecismos como el del *Syllabus* y el *Catecismo Astete* que se renueva en 1836 con la idea de estar al alcance de todos los creyentes. Otro aspecto importante es el fortalecimiento de la presencia que tiene la Iglesia en el circuito educativo con la fundación y refundación de universidades y colegios. En el caso de Colombia resulta muy interesante que esta labor también se deja en manos de educadores católicos que no son sacerdotes y que multiplican el legado a través de instituciones e internados pequeños, con una fuerte enseñanza de valores y doctrina religiosa.

¹² El periódico *La Caridad. Lecturas para el hogar*, está lleno de avisos publicitarios de estos colegios. Desde el primer número, por ejemplo, aparecen las instituciones de Santo

estos colegios tenían características similares, eran internados o semi internados, hacían gran hincapié en la educación religiosa y no privilegiaban la educación en ciencias naturales como si lo haría la propuesta liberal. Estas materias eran reemplazadas por gramática, canto, bordado, teneduría de libros, ciencias intelectuales y ortografía.

Sin embargo los periódicos católicos no negaron del todo la presencia de una idea de ciencia como impulso principal del conocimiento, su estrategia es directa y clara: la ciencia no es conocimiento esencial, puede ser reducida a datos muy precisos como el paso de un cometa o la forma de hacer jabón de tierra, pero nunca como vocación completa. De hecho, una característica importante de los personajes que protagonizan las novelas por entregas es que son gente sencilla, mujeres o niños campesinos sin mayor educación, y que representan el terreno propicio para demostrar que todo, hasta en la ciencia, está la mano de Dios. En el número 16 de *La Caridad* publicado el 5 de enero de 1864, aparece un relato llamado “El vendedor de Tangarninas” escrita también por Fernán Caballero, el personaje es un humilde labriego que es asesinado por causa de la envidia de algunos hombres, su muerte es el motivo para que el médico “(...) un hombre de ciencia que no veía a Dios en su labor” (Caballero, 1864:248), comprendiera el valor de la fe al ver como el pueblo dividido en dos se une por el cariño al muerto y la lástima que despierta la viuda: “(...) el facultativo alzó la mirada al cielo y le dijo al sacerdote, con el que no dirigía palabra desde su llegada a aquel pueblo: nada escapa del conocimiento del corazón, de la fe y de la palabra hermandad que Jesús sembró en nuestros espíritus” (249). El hijo mayor del humilde labriego toma las riendas de la familia y vendé las Tagarninas, una noche oscura y fría su vida sucumbe y muere. El propio médico tiene que atestiguar el deceso y en medio del dolor es testigo de un milagro: el árbol donde el niño falleció florece en pleno invierno. Sorprendido convoca al pueblo a creer: “Dios i señor mio, hombres hai, tus hijos que suprema soberbia y llamándose científicos. A ellos les digo que conservemos la fe en los relijiosos que nos dejan confiar en aquella promesa del porvenir: los que lloran en la tierra, serán consolados en el cielo”. (250)

Resulta definitivo que un hombre de ciencia como el médico sea capaz de negar su naturaleza para ceder frente a los milagros de la fe y al poder de los religiosos. Además, el futuro construido por los hombres no puede garantizar de ningún modo

Tomás de Aquino fundada por José Joaquín Ortiz (quien además es director de esta publicación) y el Colejio de las Hijas de María orientado por la señorita Dolores Amaya. Ambos colegios encabezan su anuncio con la presencia de la doctrina cristiana e historia religiosa. Esta publicidad aparece en todos los números de la publicación. *La Matricaria* aparece la fundación del Colegio católico de Popayán junto con la lista de cursos ofrecidos (núm. 3, 1 de abril de 1855), en *El Centinela* se publica una extensa referencia al Colejio de San Bartolomé fundado por don Venancio Restrepo y que ofrece las mismas materias (núm. 7, 6 de diciembre de 1856).

el porvenir de felicidad perpetua que ofrece la vida en el cielo, ni el Estado resulta ser el amigo fiel y cercano, una fuerza fraternal que oriente la vida familiar y moral de los hombres. La Iglesia, en cambio, se presenta como la compañera devota que confiere a los sacerdotes la misión de cuidar y educar de cerca a las familias piadosas.

El giro doméstico de los dogmas

Como lo hemos visto, las publicaciones periódicas católicas divulgadas durante un tiempo de profundas reformas liberales, cumplen con la función de sistematizar prácticas y documentos que la Iglesia, frente a la pérdida de sus beneficios, debe defender. La literatura de folletín o las narraciones cortas son la principal herramienta para generar una serie de principios que, con la llegada de una idea de progreso en relación con la educación como estandarte del desarrollo, dejaba por fuera de las lides políticas a la comunidad religiosa. Lo primero, sería fundar un conjunto de dispositivos discursivos que cambiara la imagen de una iglesia retardataria y alejada de las necesidades primarias de sus feligreses; en segundo lugar, generar un lazo directo y fraterno entre iglesia y sociedad desde la relación de *Magistra Vitae* y amiga incondicional. Finalmente, el estatuto de escritor católico que surge en estas publicaciones, va de la mano con la labor del panfletista en la consolidación y el uso de un discurso veritativo que formula la relación entre religión y conocimiento.

De hecho, la defensa de la presencia de la Iglesia como compañera fiel y formadora de espíritus tuvo que enfrentar la aparición de otra figura que se mostraba como la realización del desarrollo, otra madre cuya misión principal era gestar hijos útiles para la patria, hijos protegidos por el conocimiento. Esa nueva maternidad estaba en manos de la re-fundada Universidad Nacional en 1870. La adopción de los textos de Jeremías Bentham y Destutt de Tracy, a la que ya hemos hecho referencia, se convierte en un punto muy debatido por intelectuales católicos e intelectuales liberales. La adopción de estos modelos es vista, de parte de los escritores católicos, como una desobediencia moral, un peligro al buen juicio y equiparable con la herejía y el paganismo. En este sentido, la postura de la Iglesia redobla sus fuerzas a la vida doméstica desprovista de estos nuevos modelos de conocimiento y presta a la guía práctica y discursiva de los sacerdotes.

Como lo explica el mismo José Joaquín Ortiz en el número 42 de *La caridad* publicado el 6 de febrero de 1870, una narración corta de una sola entrega llamada “El padre Fernández”, la historia tiene todos los elementos que hemos mencionado: un joven en formación, una mujer humilde y un sacerdote que obra como maestro. El principio de la narración se centra en describir al mentor ideal: (...) el padre Fernández era sabio, piedra de conocimiento en ciencias, en gramática y en las letras, pero más allá de poseer conocimientos para medir cuadras, poseía el conocimiento del espíritu” (Ortiz, 1870: 598). Cuando Ortiz hace referencia a “medir cuadras” se refiere al conocimiento promulgado por el Utilitarismo como

teoría ética; el conocimiento debe superar la comprensión del mundo, y centrarse en la transformación material de éste. Para Bentham (1883) este “conocimiento positivo” nace de un hombre que es capaz de definir su humanidad como formulación independiente a cualquier idea diferente a su lugar en el mundo, un hombre que se presenta emancipado de la divinidad. En este sentido, el padre Fernández contradice la idea de un maestro cuya función es la de transmitir el conocimiento del mundo a sus estudiantes, por el contrario, ha de centrarse en la reafirmación de sus valores morales, antes que en enciclopedias útiles para el progreso liberal: “(...) no es mi función como maestro, que tú hijo mío aprendas a acumular oro. Debo enseñarte que ese odioso metal que algunos manchan con sus vilezas puede servir a los actos piadosos, a quitar el hambre a algún miserable o al rescatar a un religioso cautivo de la Merced”. (599)

Más adelante la historia hace un giro narrativo que también resulta constantes en estas narraciones: acontece una escena en donde el estudiante tendrá que cumplir con las enseñanzas del maestro y salvar a una pobre viuda del hambre y la enfermedad. Luego, este estudiante de leyes que ha “estado ciego por las palabras ajenas que vienen de afuera a ofrecernos paraísos viles” (600), comprende cuál será el resultado final de hacerle caso al padre Fernández. Sus acciones cristianas lo llevan a comprender que “cuando un suceso que exige caridad aleja al hombre de las trivialidades de su existencia, lo acerca a un lejano porvenir, que aun frecuentemente había desesperado de alcanzar, se verifica en él una especie de revolución”. (602)

El estudiante consigue la felicidad eterna, situada en aquel futuro transhumano y divino llamado porvenir. Esta historia es el reflejo del gran problema al que se enfrentaron las publicaciones periódicas católicas en tiempos de cambio: el afianzamiento de una idea de progreso que no riñera con los preceptos morales tradicionales. En este sentido, las narraciones difundidas en estos espacios cumplen con la función de generar una idea de prosperidad que solo puede garantizarse con la presencia parmente de la Iglesia en la vida social. Lo primero será darle un giro doméstico a principios y conceptos que habían sido de uso exclusivo de los sacerdotes; es así como las novelas por entregas o los cuentos cortos se convierten en mecanismos que traducen al lego presupuestos como la obediencia de conducta o el carácter divino de la norma a través de situaciones predominantemente familiares. De un modo u otro, este giro doméstico trae consigo una toma de posición que resiste al control del Estado, no es necesario que el poder público forme parte de la cotidianidad de los hombres cuando la Iglesia ofrece un espacio privado que protege los valores y las cualidades cristianas; además, podrá vigilar con mayor control a sus feligreses representados en los sujetos más desvalidos y olvidados de la sociedad: las mujeres y los niños.

En consecuencia, dicha traducción debe acoger una estructura narrativa constante evidenciada en la división del espacio actancial en dos ámbitos específicos: el del instructor (sacerdotes) y el instruido (mujeres, niños y jóvenes);

estos personajes se sitúan en espacios domésticos y rurales en la mayoría de los casos (la casa, la huerta, el costurero), nunca en las plazas públicas o en escenarios políticos y estatales. Otro elemento fundamental dentro de estas narraciones es la aparición del hombre de ciencia o de leyes (el estudiante del padre Fernández) como personaje de las fábulas; aquel que en el mundo liberal actúa como maestro descreído, en el mundo diegético pasa a formar parte del terreno del instruido y acepta plenamente que el conocimiento otorgado por las ciencias naturales no resulta suficiente para alcanzar la salvación eterna que habita en el porvenir. Pero todo instruido requiere un instructor que reafirme esta *ilusión*: este solo puede ser el sacerdote que ha dejado el encierro de sus despachos y se ha convertido en maestro que conoce de cerca las necesidades de sus feligreses.

El escritor católico debe velar porque esta permanencia discursiva se legitime y preserve, sea comunicable y comprensible para los instruidos; la formulación encuentra en el discurso veritativo y en la naturaleza del panfleto el método perfecto para que esto pueda llevarse a cabo. Su misión principal es la de ser traductor, pero también la de sistematizar las prácticas necesarias para garantizar la presencia de la iglesia aún en tiempos de renovación. Una de sus estrategias más importantes será la de generar a través de sus escritos la necesidad de un porvenir eterno y situado dentro del orbe divino; un porvenir que se opone al futuro liberal generado solo por la mano humana y, por tanto, susceptible de ser erróneo. Esta idea de porvenir como tiempo ulterior ya construido, que no puede cambiarse solo alcanzarse a través de la corrección moral, sigue manteniendo firmes las jerarquías sociales: el pobre deberá seguir siendo pobre, el abandonado deberá seguir abandonado; estos roles establecidos mantienen la idea del porvenir como un progreso moral que beneficie a aquellos que tienen el poder de calmar en algo el hambre o de educar a aquellos que no han sido favorecidos por la civilización del progreso liberal.

El orden jerárquico de la nación eterna situada en el porvenir aureolar, no cambia, no acepta intromisiones; pero si domestica aquellos dogmas en objetos de uso: la eternidad es la paz del hogar; la salvación, se ve representada por la obediencia en la escuela y por la negación del racionalismo absoluto. Mientras tanto el acceso a la nación del porvenir solo es posible si el instruido conserva su papel y obedece al instructor; sin embargo, para que este orden se mantenga, resulta necesario que exista una sistematización ordenada de la normatividad eclesiástica y moral, un corpus con entradas vigiladas por el escritor católico.

Otro vínculo importante es el de la religión y civilidad. De un modo u otro el instructor católico no solo enseña los principios del progreso moral, camino seguro al porvenir, sino que representa al apaciguador, la contracara de una política liberal que se ha caracterizado por los excesos y por las acciones bárbaras. En el número 12 de *La Matricaria* publicado el 12 de junio de 1862, aparece una suerte de crónica firmada por Mulier; el texto cuenta con detalles dramáticos la expulsión de las monjas carmelitas de parte de Tomás Cipriano de Mosquera acaecida en 1861. La insistencia de Ruperto Segundo Sánchez en “El sacrificio de las vírgenes” (la

pluma detrás del seudónimo Mulier) en demostrar que la acción no tenía que ver con decisiones políticas sino bárbaras inexplicables, atraviesa toda la narración: “(...) pero hemos visto por sus resultados, que esta guerra tuvo más bien un carácter de conquista que de civilidad (...). Contra la brutalidad del segundo ROBESPIERRE, solo quedará la verdad que el porvenir deje a las nuevas generaciones”. (8) En consecuencia, la religión tiene el manejo de un tiempo superior al presente humano, la historia que solo puede construirse con la “voz del espíritu diáfano del progreso moral” (9), depende de la relación que el catolicismo consigne con el devenir humano. Solo la construcción de una épica del catolicismo presentada a los niños o de la vida de los santos y del clero podrá legitimarse la condena que hará el tiempo a estas acciones contra la Iglesia, podrá garantizar una nación que se merezca el porvenir.

El discurso de la caridad y del progreso moral: continuidad del legado

Hay un elemento esencial que construyen las publicaciones periódicas católicas en el periodo que hemos determinado: proponen mecanismos de comunicación entre sí. De esta manera, muchos colaboradores como Manuel María Madiedo, Nepomuceno Jiménez Acevedo o José Joaquín Ortiz, por ejemplo, colaboran en los periódicos analizados en el presente trabajo, pero también en otros títulos como *La Relijión: periódico destinado a manifestar la persecución hecha a la iglesia por los impíos en el Siglo XIX* (1865-1866), *La Fé: periódico religioso* (1878-1884). Además de los circuitos que se estructuraron a partir de las colaboraciones mutuas, las asociaciones católicas como la de San Vicente de Paul a la que subsidiaba el periódico *La Caridad. La Matricaria* en su número 7 del 25 de marzo de 1855 publica una serie de avisos, entre ellos del periódico *El Tiempo* que saluda con beneplácito esta publicación.

En este sentido, el circuito de periódicos católicos va conformando una red de opinión y defensa del ideario cristiano que unifica el discurso más allá del ámbito retórico y lo instala en una dinámica performativa y de acción. Consideramos que la corrección de las prácticas cotidianas como la educación y la lectura, está dirigida a reafirmar una ciudadanía, un habitar activo en el mundo que no trasgreda los ideales promulgados por la iglesia. En este sentido, el gobierno ya no puede ser estatal y laico, se debe dar inicio a un nuevo orden, que como lo menciona Michaela de Giorgio (1993: 185), intenta convertir el modelo católico en la idea de moral y conducta. En este sentido, la familia que funciona como núcleo de la sociedad no podrá ser otra que la familia católica, la mujer católica es señalada por la iglesia como la vigía de los valores y de que el camino hacia el porvenir sea directo; el escritor católico, por su parte, estará encargado de organizar el corpus, de sistematizar las normas que el instructor ha de multiplicar en el pueblo.

Su arma principal fue activar el discurso en una intervención directa en la sociedad; como lo explica Gloria Arango (2004) la inoperancia del Estado en relación con la asistencia a los más necesitados, cedió el espacio para que los

activistas católicos y las órdenes religiosas fundaran asociaciones como los lazaretos y los auspicios para huérfanos y viudas. Estos lugares que atendían a los enfermos y desprotegidos son el terreno ideal para generar, como lo hemos referido anteriormente, una razón pública a favor de la presencia de la iglesia en la vida de los hombres. Es así como en el periódico *La Caridad* se sitúa la misión de los católicos en los orfanatos, hospitales, cárceles y lazaretos como un principio de renovación moral y, además, una garantía de protección para el resto de la sociedad. La iglesia clasifica, resguarda y aparta aquellos indeseables, asume el reto de ser la conciencia colectiva y de dejar tranquilo el espíritu de aquellos que dan dinero para la caridad. En el número 25 de *La Caridad* publicado el 10 de marzo de 1865, se describe una visita a la cárcel para darle la comunión a los presos: “(...) no hablemos del sentimiento que debía producir en ellos la vista del que perdona tan fácilmente cuando oye una voz, cuando escucha un gemido, comparado con el peso de la justicia humana que no se satisface sino con largos años de padecimiento”. (La redacción: 1865: 1). Es evidente que la justicia humana, tradúzcase, justicia estatal, apenas si puede compararse con la restitución íntegra de las prácticas religiosas; es la iglesia la única capaz de rehabilitar el alma y de fundamentar la idea del progreso moral como característica exclusiva de su labor.

De esta manera, la caridad como cualidad típica de la buena conducta y la obediencia, es la base de lo que será la pervivencia del orden católico en la sociedad, además de jerarquizar la educación impartida. Por un lado, estaba estipulada la educación que recibirían los escolares de élite en aquellos colegios católicos privados y, por otro, las fórmulas que impartirían los órdenes religiosos en los orfanatos, en donde, como lo refiere *El Centinela* en su número 19 del 29 de marzo de 1857, expresaría que “la educación de estos desfavorecidos deberá centrarse en la obediencia de conducta y en el aprendizaje de los deberes domésticos y de oficios que puedan dar servicio a la sociedad” (74). No olvidemos, además, que en la mayoría de las narraciones publicadas en estos periódicos, los niños pobres o las mujeres, desempeñan labores prácticas como la costura, el sembrado de la tierra o la zapatería. La comparación con los cursos impartidos en los colegios católicos privados y que mencionamos anteriormente (gramática, tenencia de libros, latín), solo podía estar enfocada a la formación de una élite “caritativa, que no se olvide de los pobres y que puedan guiar al país con los mismos principios morales con los que manejan su casa” (76).

Llevar las riendas del país como se llevan las del hogar, reafirma la idea los espacios privados que no puede manejar el Estado; es decir, la iglesia propone una suerte de trasposición de poder: será el ámbito privado aquel que domine el colectivo, el espacio en donde su presencia resultaría definitiva: la sociedad civil es el reflejo de la sociedad doméstica (Stuven, 2004: 253). En este sentido, el discurso de la caridad se convierte en una *doxa* que debe cumplirse en el hogar y fuera de él (las cárceles, los auspicios, los lazaretos), además de proponer una jerarquía que sigue reafirmando los lugares de orientado e instructor. La práctica caritativa es aún

más valiosa que cualquier práctica civil porque será la ruta directa para el porvenir divino.

Las novelas y cuentos divulgados en estas publicaciones, son en realidad un manual de conducta para las mujeres que aseguraban su influencia sobre la sociedad por medio de las prácticas vinculadas con la vida privada, y cuya misión principal sería establecer y preservar el orden determinado por los ideales católicos. El caso de los jóvenes es algo diferente, el hecho de que se les comience a configurar un espacio de participación en las dinámicas colectivas los hace visibles y parte importante de los planes de legitimidad de las diferentes apuestas políticas.¹³ Los niños, por su parte, seguirán siendo instrumento de la caridad y personajes recurrentes del relato católico, de hecho, la prensa dirigida a esta población y que nace con la “pajina para niños” publicada en el periódico *La Caridad* será el escenario donde se legitime y se memorice el acervo católico.

BIBLIOGRAFÍA

ARANGO DE RESTREPO, Gloria Mercedes.

2004 *Sociabilidades católicas, de la tradición a la modernidad: Antioquia 1870-1930*. Medellín: Universidad Nacional de Colombia, IME.

BALARDINI, Sergio.

2000 “De los jóvenes, la juventud y las políticas de juventud”, en *Última década*, 8(13), 11-24. Recuperado en 13 de febrero de 2014, de http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0718-22362000000200002&lng=es&tlng=es.10.4067/S0718-22362000000200002.

BENTHAM, Geremías.

1883 *La religión natural: su influencia sobre la felicidad del género humano*. Bogotá: Imprenta de Vapor de Zalamea Hermanos.

¹³ Como lo explica Sergio Balardini (2000), los jóvenes siempre han existido, pero la categoría de juventud es una construcción histórica que ha resultado de las revoluciones burguesas propias del siglo XIX. La idea de juventud va casada con el paradigma de progreso y de esperanza que mantenían los recientes Estados nacionales. La presencia de un sector joven al interior de un pensamiento que se concibe como viejo y retardatario, le garantiza no solo la supervivencia sino la participación activa en otros campos como el de la producción económica. La categoría de juventud cubriría tanto el ámbito del instructor como del instruido. Son los jóvenes aquellos llamados a encauzar el presente y la ruta moral, sumado a esto, los jóvenes serán el devenir de la acción caritativa, el resultado de la domesticación de la sociedad

BOURDIEU, Pierre.

2009 *La eficacia simbólica. Religión y política*; traducción de Alicia B. Gutiérrez y Ana Teresa Martínez. Buenos Aires: Editorial Biblos.

BUENO, Gustavo.

2004 *Panfleto contra la democracia realmente existente*. Madrid: La Esfera de los libros, 2004.

CHARTIER, Roger.

2007 *La historia o la lectura del tiempo*; traducción de Margarita Polo. Barcelona: Gedisa Editorial.

CORTÉS GUERRERO, José David.

2006 “Los debates político-religiosos en torno a la fundación de la Universidad Nacional de Colombia, 1867-1870”, en *El radicalismo colombiano del siglo XIX*, Carolina Alzate ... [et al.]. Rubén Sierra Mejía (editor). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas. Departamento de Filosofía, 2006, pp 351-372.

FLANDRIN, Jean-Louis.

1979 *Orígenes de la familia moderna*; traducción de Marco Aurelio Galmarini. Barcelona: Editorial Crítica.

GILMAN, Claudia.

2003 *Entre la pluma y el fusil: debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

PALTI, Elías.

2008 “Tres etapas de la prensa política mexicana del siglo XIX: el publicista y los orígenes del intelectual moderno”, en *Historia de los intelectuales en América Latina*. Carlos Altamirano (dir.) Buenos Aires: Katz, pp 227-241

RAMOS, Julio.

2003 *Desencuentros de la modernidad en América Latina: literatura y política en el siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.

RODRÍGUEZ-ARENAS, Flor María.

2006 *Bibliografía de la literatura colombiana del siglo XIX*. Buenos Aires: Stokcero

STUVEN, Ana María.

2004 “Ser y deber femenino: *La Revista Católica* 1843-1874”, en *Construcciones impresas. Panfletos, diarios y revistas en la formación de los estados nacionales en América Latina (1820-1920)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, pp 243-272.

Relatos cortos, novelas por entregas y textos con autor

ORTIZ JOSÉ, Joaquín.

1846 “Prospecto”, *La Caridad. Lecturas del hogar*, n°1, 24 de septiembre, p. 1.1870 “El padre Fernández”, *La Caridad. Lecturas del hogar*, n° 42, 6 de febrero, pp. 598-603.

MADIEDO, Manuel María.

1855 “Prospecto”, en *La Matricaria: periódico para la juventud. Colección de artículos de costumbres, revistas i literatura*, n°1, 25 de Marzo 25, p 1.1855 “Catolicismo i libertad”, en *La Matricaria: periódico de la juventud, colección de artículos de costumbres, revistas i literatura*, n° 3, 10 de mayo, p 2.1855 “Napoleón no ha existido”, en *La Matricaria: periódico de la juventud. Colección de artículos de costumbres, revistas i literatura*, n° 11, 5 de agosto, p. 31865 “El amor en el siglo XIX. Los amantes pintados por sí mismos”, en *La Matricaria: periódico de la juventud. Colección de artículos de costumbres, revistas i literatura*, n° 11, 27 de mayo, pp. 4-5.

ANCÍZAR, Manuel.

1849 “Los partidos políticos”, *El Neogranadino*, Bogotá, n° 37, 14 de abril, p. 5

JIMÉNEZ ACEVEDO, Nepomuceno.

1856 “Colaboradores. Breve esposición de las leyes de la Iglesia”, en *El Centinela: periódico moral, filosófico, científico y religioso*, n° 8, 22 de noviembre, p. 181856 “El Misionero Neo”, en *El Centinela: periódico moral, filosófico, científico y religioso* n°5, 22 de noviembre, p. 19 al n° 7, 6 de diciembre p. 12.1864 CABALLERO, Fernán, “Leyenda piadosa”, en *La Caridad. Lecturas para el hogar*, n° 7, p. 105-107.1865 “El vendedor de tagarminas”, En *La Caridad. Lecturas para el hogar*, n° 16, 5 de enero, pp. 248-250.

SEGUNDO SÁNCHEZ, Ruperto.

1862 “El sacrificio de las vírgenes”, en *La Matricaria: periódico para la juventud. Colección de artículos de costumbres, revistas i literatura*, n° 12, 12 de junio, pp 6-8.**Prospectos y textos sin autor***EL CENTINELA: PERIÓDICO MORAL, FILOSÓFICO, CIENTÍFICO Y RELIGIOSO.*

1856 “El Centinela”, n°. 1, 25 de octubre, p. 1.

1856 “El redactor del Neo-granadino”, n° 1, 25 de octubre, p. 2

1856 “El Infierno, n° 1, 25 de octubre, p. 1 al n° 5, 22 de noviembre, p 1.

1857 “Principios de educación”, n° 19, 29 de marzo, pp 74-76

LA CARIDAD. LECTURAS PARA EL HOGAR.

1864 “S.S. Pio IX”, n° 3, 7 de octubre, p. 40

1864 “La Religión”, n° 3, 7 de octubre, p. 34

1864 “Página para los niños”, *La Caridad. Lecturas para el hogar*, Bogotá, núm. 4, 14 de octubre de 1864, p. 64, al n° 36, 2 de junio